

# *El camino de la Iglesia en América Latina*

## *a través de sus Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo*

Ronaldo Muñoz, SS.CC.

En la Iglesia católica, por lo menos en América Latina, muchas de las contradicciones y desconfianzas mutuas que se dan actualmente en todo los niveles, se deben —a mi entender— a la tensión entre dos perspectivas diferentes de la única Iglesia.

### **I. La vida y el misterio de la Iglesia: dos perspectivas**

Dos perspectivas tal vez normales y necesarias, pero no del mismo valor y autenticidad según la tradición del Nuevo Testamento actualizada por el Vaticano II, es lo que intentamos mostrar aquí, desde nuestra experiencia eclesial latinoamericana, sabiendo que la unidad de la Iglesia peregrina está siempre en proceso y, sobre todo, sabiendo que esta misma unidad “no viene de cálculos y maniobras humanas, sino de lo alto: del servicio a un único Señor, de la animación de un único Espíritu, del amor a una única y misma Iglesia”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Discurso inaugural en Puebla, II, 1.

En efecto, la vida concreta de la Iglesia y su misterio profundo los podemos experimentar y contemplar en estas **dos perspectivas diferentes**: una desde los centros eclesiásticos más establecidos: muchas curias y seminarios, muchas parroquias, escuelas católicas y movimientos laicales más ligados a los sectores sociales pudientes; la otra desde la vida cotidiana del pueblo sencillo con sus espacios religiosos más propios: la lucha por la subsistencia, las prácticas solidarias, devocionales y festivas, las comunidades de base y las parroquias misioneras y animadoras de comunidades.

La primera perspectiva aparece en América Latina como la más “tradicional”. Pero más exactamente es la propia de la Iglesia de **“Cristiandad” occidental y colonial**, también en el sentido del “neo-colonialismo” y del “colonialismo interno”, de los que habla la Conferencia de Medellín<sup>2</sup>. La segunda perspectiva es la que ha venido abriéndose y reflexionándose en la Iglesia latinoamericana que se renueva en las mayorías pobres del continente en este último tercio del siglo XX.

La primera perspectiva y concepción de Iglesia, con la correspondiente práctica misionera y pastoral, es tributaria de **una experiencia religiosa más occidental y de raíces greco-romanas**. Esta acentúa el misterio de un Dios altísimo y todopoderoso, cuya verdad y gracia descienden sobre los pueblos mediante una Iglesia-sociedad fuertemente institucionalizada en estamentos jerárquicos, a partir de un

Vicario de Cristo y un centro de gobierno universales. Es la heredera de la “Ecclesia Domina et Imperatrix” de la Edad Media. La misión de la Iglesia es entendida así, básicamente, como la misión de una Jerarquía. Esta última es la que, partiendo del centro del “mundo católico”, debe llevar a todas las gentes —por sí misma o sus subordinados, subordinadas— la salvación eterna contenida en la verdad doctrinal y la gracia sacramental encomendadas.

La segunda perspectiva y concepción de Iglesia, con la correspondiente práctica solidaria y profética, se da ligada a **una experiencia religiosa más popular y bíblica**. Esta acentúa el misterio de un Dios de vida y misericordia, que hace alianza y entra en comunión con los pueblos oprimidos de la tierra. Un Dios que actúa en ellos por su Espíritu: inspirando fe confiada y amor generoso, animando el empeño solidario y la esperanza de una tierra sin males. Pueblos que, a su vez, requieren los espacios, la memoria y el testimonio viviente de una Iglesia del Mesías Jesús: Iglesia misionera y encarnada entre los humildes, fraternal y servidora de la vida, con variedad de dones y ministerios suscitados por el mismo Espíritu, incluyendo a los ministerios “ordenados” en la tradición de los Apóstoles.

Son dos ecclesiologías, dos prácticas eclesiales, en buena medida contradictorias las que se arraigan y se nutren en experiencias históricas y socio-culturales diferentes, y envuelven con su núcleo más profundo **dos experiencias distintas del**

<sup>2</sup> Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín (Colombia), 1968 (en adelante: MEDELLÍN), Doc. “Paz”, nn. 1-10.

**Dios cristiano.** En la Iglesia de Cristiandad, Iglesia fuertemente jerárquica y normalmente ligada a los poderosos, es la experiencia de la Trinidad de Dios como cascada descendente de misión y gracia salvadoras: en jerarquía de subordinación y obediencia, la que se remonta en definitiva a la “monarquía” del Padre. En la Iglesia de los pobres, Iglesia de comunidades fraternas y solidarias del pueblo sencillo, es la Trinidad de Dios como comunión y don recíproco de personas, entre sí diferentes, pero perfectamente iguales en estatus y dignidad.

En el primer caso es la **pirámide del poder benefactor**, el que se ejerce verticalmente en la Iglesia por el reparto de beneficios y la ejecución de la consigna recibida hasta la ancha base de la “feligresía” pasiva. En el segundo caso es el **círculo del amor solidario y la amistad** el que moviliza en la Iglesia la fidelidad creativa de todos y cada uno con sus dones: en reciprocidad de reconocimiento y entrega, de personas y grupos diferentes que comparten la misma condición y dignidad de hijos e hijas de Dios y la misma misión de servicio universal.

## II. La Iglesia pueblo y comunidad según el Concilio

Sabemos que en el segundo tercio de este siglo, en la Iglesia católica de Europa occidental y por su influjo, también en sectores de la Iglesia latinoamericana, se

fue operando un redescubrimiento de la Iglesia misma como **Pueblo de Dios y comunidad fraterna al servicio de la humanidad**. Allí influyeron, por una parte, las nuevas experiencias sociales e históricas, y por otra, los estudios bíblicos y el mejor conocimiento de la historia de la Iglesia con su influjo en la formación de sacerdotes, religiosas y movimientos laicales. Sabemos que el Concilio Vaticano II recogió ese redescubrimiento y le dio una proyección universal para la Iglesia católica y su servicio en el mundo de hoy.

Con el Vaticano II, la **Jerarquía eclesial**, con sus poderes propios (para la doctrina, los sacramentos y el gobierno pastoral), queda claramente *relativizada*, al menos en principio. Y esto, en una doble dirección: en relación a Jesucristo resucitado, “*Luz de las gentes*” y único Señor y sujeto trascendente de la Iglesia y en relación al Pueblo creyente: todo entero enseñado y enviado como testigo por el Espíritu del Señor; todo entero consagrado para el sacerdocio fundamental de los cristianos, el de la vida diaria en el amor; y todo entero participativo y creativo en la tarea del reinado de Dios para la salvación del mundo<sup>3</sup>.

En esa línea, el Concilio subraya básicamente estas tres dimensiones:

- (1) El carácter esencialmente comunitario y fraterno de la vida cristiana, y de la esperanza del reino de Dios que la atraviesa. Vida y esperanza comunitarias que deben expresarse

<sup>3</sup> Ver: el orden correlativo y el contenido de los tres primeros capítulos de la “Lumen Gentium”, y en especial el contenido del capítulo II, sobre el Pueblo de Dios.

en la solidaridad afectiva y efectiva, en la liturgia y el testimonio, y en la orientación del servicio al mundo.

- [2] El sentido y el modo “ministeriales” de todos los carismas y las funciones que se dan en el Pueblo de Dios. Carismas y funciones que sólo pueden entenderse y practicarse en fidelidad como dones del Espíritu para el servicio humilde de la comunidad eclesial.
- [3] Esa comunidad debe ser servida para crecer constantemente en **comunión y participación**: en el compartir fraterno y la corresponsabilidad deliberante y activa; de las personas en las comunidades locales y de éstas en la comunidad mayor. Sólo en fidelidad práctica y creativa a estas tres dimensiones o en la medida de esa fidelidad, podrá la Iglesia misma servir a los pueblos de la tierra, en la línea de la vocación universal que éstos han recibido de hacerse —en Cristo y por el Espíritu— Reino de fraternidad y Familia de Dios trinitario. Sólo así podrá la Iglesia aparecer en la historia humana *“como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*. Sólo mediante ese “opus operatum”, podrá la misma Iglesia ser efectivamente *“sacramento, o sea signo e instrumento, de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”*<sup>4</sup>.

En un nivel más práctico, lo anterior implica estas tres necesidades imperativas:

- [1] que cada persona y cada familia cristiana necesita y tiene derecho a poder reconocerse y participar activamente en **una comunidad eclesial concreta**;
- [2] que un conjunto más o menos amplio de esas comunidades, con sus legítimas diferencias, deben articularse dinámicamente en una comunidad eclesial mayor, en un espacio geográfico más extenso pero con una cierta unidad sociológica, como **“Iglesia particular”** servida en su comunión y participación por el ministerio de los pastores;
- [3] y que en la Iglesia todos los ministerios, en todos los niveles —desde la comunidad de base hasta la comunidad católica servida por el Sucesor de Pedro— deben entenderse y practicarse en **“colegialidad”**, es decir, en corresponsabilidad corporativa, con afecto, prácticas y estructuras, de hermanos, hermanas y “colegas” en el común servicio del Pueblo de Dios<sup>5</sup>.

## III. La Iglesia pueblo y comunidad en América Latina

En América Latina y el Caribe, la conversión eclesial impulsada por el Vaticano

<sup>4</sup> Citas de “Lumen Gentium”, nn. 4 y 1. Ver en el mismo documento conciliar los nn. 1-4, 9, 13, 18a, 27, 32, 37, 39. También, “Christus Dominus”, n. 16, y “Apostolicam Actuositatem”, nn. 2-4, 18.

<sup>5</sup> Ver “Lumen Gentium”, nn. 22-23, 28; “Christus Dominus”, nn. 3-7, 11, 23, 28, 34, 36 - 38; “Presbyterorum Ordinis”, nn. 6 - 9; “Apostolicam Actuositatem”, n. 26; “Orientalium Ecclesiarum”, n. 2; “Ad Gentes”, n. 15.

II° ha debido entenderse y llevarse adelante en un “mundo” de **grandes mayorías oprimidas** e injustamente empobrecidas; mayorías, al mismo tiempo, de raíces culturales solidarias y comunitarias y de profunda fe religiosa y cristiana. Sobre este terreno, en la Iglesia católica del continente, el nuevo horizonte del Concilio refuerza aquí tres líneas que en varios países vienen de más atrás: la nueva conciencia social y política de sectores laicales, la pastoral popular que se renueva con la Biblia y el sentido comunitario, y las comunidades religiosas que redescubren su vocación de pobreza evangélica y solidaridad con los pobres. En este contexto socio-económico, cultural y religioso, por una parte la Iglesia postconciliar, en su personal consagrado y sus organismos más cercanos, viene profundizando su movimiento de solidaridad con los pobres y de encarnación en el mundo de ellos; y por otra parte, los mismos pobres vienen ocupando activamente los espacios de esa Iglesia y apropiándose de su mensaje.

En ese camino de reencuentro, **el tema bíblico del Pueblo de Dios**, actualizado por el Concilio, sirve a la nueva Iglesia de los pobres para reconocerse en sus raíces y animar su esperanza. Y eso, en estos tres grandes “tiempos” de la tradición bíblica:

- (1) en continuidad con ese pueblo humilde y oprimido del Antiguo Testamento: liberado por el Dios del éxodo, reivindicado y animado por el Dios de los profetas, escuchado por el Dios de los salmistas;
- (2) en continuidad con esa muchedumbre empobrecida y despreciada de

los relatos evangélicos: buscada, atendida y evangelizada por el Mesías Jesús de Nazaret, y que con sus heridas y ambigüedades sabe responderle con fe, buscarlo y seguirlo;

- (3) y en continuidad con esas comunidades pobres e indefensas de los Hechos, las cartas y el apocalipsis del Nuevo Testamento: convocadas por el testimonio apostólico y el Espíritu del Resucitado; las que por el mismo Espíritu Santo viven la oración filial y el amor fraterno, reconociendo a Jesucristo vivo en el compartir el pan; las mismas que practican la comunión de bienes y de ministerios, y asumen solidariamente el servicio a los más pobres con el anuncio misionero del Evangelio.

En esas tradiciones eclesiales del Nuevo Testamento, se inspiran más especialmente las **comunidades de base** entre los mismos pobres, así como toda la **corriente comunitaria y solidaria** con los pobres que, pasando en buena parte por esas comunidades, viene renovando a amplios sectores de la Iglesia católica latinoamericana, en todos sus niveles, ministerios y organismos: en forma desigual y no sin conflictos, como en la misma Iglesia del Nuevo Testamento. Camino de renovación eclesial y solidaria, de sustento popular e inspiración bíblica, que ha sido impulsado y apoyado por innumerables pastores, misioneros, misioneras y comunidades religiosas; ha sido animado y sostenido ya por generaciones de laicos y laicas, con su fe profunda y calidez fraterna, su solidaridad creativa y sufrida perseverancia; y ha sido regado con la sangre de muchedumbre de mártires.

#### IV. **Comunión y participación desde las bases: Medellín y Puebla**

Ese es el camino —eclesial y eclesiológico— que fue recogido, discernido e impulsado por las Conferencias del Episcopado latinoamericano en Medellín y Puebla. La Conferencia de Medellín (Colombia), en 1968, llama a la **solidaridad de toda la Iglesia con el pueblo pobre y marginado**, anima la misión evangelizadora y liberadora de la misma Iglesia, y promueve una pastoral de conjunto a partir de *las comunidades de base*, en la perspectiva de una eclesiología de comunión. Inspirándose en el Concilio, y recogiendo las experiencias ya encaminadas en varias regiones del continente, Medellín afirma más concretamente que *“la vivencia de comunión a que ha sido llamado, debe encontrarla el cristiano, cristiana en su comunidad de base”*; que *“la comunidad cristiana de base es el primero y fundamental núcleo eclesial”*; y anima a que *“los miembros de esas comunidades... ejerciten las funciones que Dios les ha confiado —sacerdotal, profética y real— y hagan así de su comunidad un signo de la presencia de Dios en el mundo”*<sup>6</sup>.

En forma consecuente, el citado capítulo de Medellín continúa afirmando que esta visión *“nos lleva a hacer de la parroquia un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base”*. Recuerda que *“la comunidad parroquial forma parte de una unidad más amplia”*; sostiene con el Concilio

que la diócesis, como *“porción del Pueblo de Dios presidida por un obispo”*, constituye *“una Iglesia Particular”* en que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es *“una, santa, católica y apostólica”*; e insiste en que el obispo debe ser asistido por el Consejo Presbiteral y, ojalá, por un Consejo Pastoral representativo del Pueblo de Dios en su diversidad<sup>7</sup>.

Por último, el mismo capítulo de Medellín urge la aplicación práctica de la doctrina del Concilio sobre la colegialidad episcopal, concretamente a través de las **Conferencias Episcopales** en cada país o región. Exhorta a que *“procuren las Conferencias episcopales que la voz de los respectivos presbiterios y del laicado del país llegue fielmente hasta ellas; asimismo, tengan una más estrecha y operante integración con la Confederación de Superiores Mayores Religiosos...”* Y termina indicando que *“para vivir profundamente el espíritu católico, estarán las Conferencias episcopales en contacto, no sólo con el Romano Pontífice y los organismos de la Santa Sede, sino también con las Iglesias de otros continentes, tanto para la mutua edificación de las Iglesias, como para la promoción de la justicia y la paz en el mundo”*<sup>8</sup>.

Esa misma experiencia y visión comunitaria de la Iglesia entera, desde la fe y el amor que viven y comunican sus comunidades de base en los pueblos pobres, es profundizada por la Conferencia de Puebla (México) en 1979. Esta lo hace en función de la urgente evangelización liberadora de nuestros pueblos oprimidos y a la luz

<sup>6</sup> MEDELLÍN, Conclusiones, cap. 15, “Pastoral de Conjunto”, nn. 10-11.

<sup>7</sup> Id., nn. 13-18.

<sup>8</sup> Id., nn. 21-28.



de un tema profundamente teológico, la vocación universal a la **comunidad y participación**. Véase este pasaje, que introduce la tercera parte del Documento de Puebla: *“La Iglesia evangelizadora tiene esta misión: predicar la conversión, liberar al hombre e impulsarlo hacia el misterio de comunión con la Trinidad y de comunión con los hermanos, transformándolos en agentes cooperadores del designio de Dios... Cada bautizado se siente atraído por el Espíritu de Amor, quien lo impulsa a salir de sí mismo, a abrirse a los hermanos y a vivir en comunidad. En la unión entre nosotros se hace presente el Señor Jesús resucitado que celebra su pascua en América Latina... Desde estos centros de evangelización, el Pueblo de Dios en la historia, por el dinamismo del Espíritu y la participación de los cristianos, va creciendo en gracia y santidad”*<sup>9</sup>.

Entre los diversos *“centros de comunión y participación”* que edifican la Iglesia y llevan adelante su misión evangelizadora, el Documento de Puebla reafirma, en múltiples contextos, la importancia fundamental de las comunidades de base. Señalan los obispos: *“Como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades eclesiales de base, según el espíritu de Medellín y los criterios de la ‘Evangelii Nuntiandi’”. “Los cristianos unidos en Comunidades eclesiales de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad, y explicitan la vocación de comunión con Dios y con los hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, ‘la civiliza-*

*ción del amor’.* Las Comunidades eclesiales de base son expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad, y se le da posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo”. “El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a conversión, y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios”<sup>10</sup>.

Como Medellín, Puebla destaca también, con referencias al Concilio, la importancia de la Iglesia Particular. En el ministerio de obispo que la preside, destaca su servicio a la comunión, tanto en el interior de la Iglesia diocesana, como en relación con la Iglesia universal *“a través de su comunión con el colegio episcopal y de manera especial con el Romano Pontífice”*. En su propia Iglesia, Puebla destaca que *“responsabilidad del obispo será discernir los carismas y fomentar los ministerios indispensables para que la diócesis crezca hacia su madurez, como comunidad evangelizada y evangelizadora, de tal manera que sea luz y fermento de la sociedad, sacramento de unidad y de liberación integral, apta para el intercambio con las demás Iglesias particulares...”*<sup>11</sup>. Y los obispos reunidos en Puebla concluyen este capítulo de su Documento comprometiéndose... *“para que esta colegialidad (episcopal), de la que Puebla, como las dos*

<sup>9</sup> Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (PUEBLA), Documento final, nn. 563-565.

<sup>10</sup> Id., nn. 648, 642-643, 1147.

<sup>11</sup> Id., nn. 645-647.

*Conferencias Generales que la precedieron, constituye un momento privilegiado, sea el signo más fuerte de credibilidad del anuncio y servicio del Evangelio, en favor de la comunión fraterna en toda América Latina*<sup>12</sup>.

### V. Para estos años 90 y más allá: Santo Domingo

Desde Medellín y Puebla, especialmente, sectores significativos de la **Iglesia católica en América Latina**, caminan más arraigados entre los pobres; más sensibles al sufrimiento injusto, a los valores de la vida diaria y las prácticas alternativas de las grandes mayorías; más en sintonía con la manera como los pobres viven la fe, la comunión con Dios y con los semejantes, y la esperanza. Los mismos pobres se sienten más cercanos a muchos pastores, religiosas, misioneros y misioneras y, más importante, muchos pobres siguen congregándose en comunidades fraternas, participativas y solidarias, que leen la Biblia y oran en relación con la vida que actúan al servicio de su pueblo.

Esas comunidades de base, son protagonistas de la **auténtica Nueva Evangelización**. Porque van descubriendo y mostrando al mismo pueblo pobre y más allá, a un Jesucristo más humano y liberador; a un Dios de misericordia y de vida, al Espíritu que sopla en toda la vida humana y en la creación. Espíritu del Resucitado, que nos levanta y nos alegra, haciéndonos crecer juntos, y comprometiéndonos a contracorriente en defensa de la vida y la solidaridad humana. Sin duda, las heri-

das y los desafíos de la realidad latinoamericana son enormes. Por lo menos en la perspectiva de las grandes mayorías: empobrecidas, marginadas y agredidas en sus valores culturales. Así como hay contradicciones y desafíos, por cierto, en la propia Iglesia latinoamericana. Pero, tanto en esas mayorías pobres como en la Iglesia más cercana a su vida real, hay también vitalidad, hay fe profunda y amor generoso, hay creatividad y compromiso, hay esperanza. Esa vida y esperanza —con esas heridas y desafíos, viejos y nuevos— están resonando fuerte, también en estos años '90. Con los grandes cambios mundiales y la globalización del capitalismo empobrecedor y la cultura de mercado, con las nuevas democracias restringidas, con la memoria y los frutos contradictorios de los 500 años de América Latina. Y más especialmente, resonaron en la Iglesia católica de esta parte del mundo con ocasión de la IV Conferencia del Episcopado latinoamericano en Santo Domingo (República Dominicana), en 1992.

En ese contexto histórico, se entiende que el largo proceso preparatorio de esta IV Conferencia, haya mostrado **dos líneas o tendencias claramente distintas**:

- [1] La línea de los documentos preparatorios hasta 1991, que reflejan el pensamiento de los peritos de la confianza del Vaticano. Con su énfasis en los desafíos del secularismo y las sectas; y su propuesta de una Iglesia más jerárquica, maestra segura de doctrina, y rectora de *"la cultura latinoamericana"* desde el laicado más "culto" e influyente;



(2) y la línea de los documentos preparatorios de 1992 (la “Secunda Relatio” y el “Documento de Trabajo”), los que reflejan la práctica y reflexión de los pastores latinoamericanos, recogidas por las Conferencias Episcopales nacionales. Con su énfasis en los desafíos del empobrecimiento y la opresión cultural y su propuesta de profundizar la opción por los pobres, en una Iglesia de comunidades participativas y en una evangelización más testimonial y dialogante, ligada a la vida y a las culturas de los mismos pobres.

En la misma IV Conferencia, a pesar de las tensiones con la Curia Vaticana presente en Santo Domingo, los obispos delegados de las Conferencias nacionales consiguieron juntos —en el ámbito de América Latina y el Caribe— escuchar el clamor de nuestros pueblos, analizar en esa sintonía los grandes cambios económico-sociales y culturales en curso, compartir las prácticas evangelizadoras y pastorales de sus iglesias, hacer un discernimiento comunitario de los llamados del Espíritu, y ofrecernos con su autoridad colegiada un Documento final en la línea evangélica y latinoamericana de Medellín y Puebla.

## VI. La renovada opción evangélica por los pobres

Los pobres están en el centro del documento de Santo Domingo, constituyen su gran tema, su horizonte permanente.

Porque en esta parte del mundo son la enorme mayoría, porque sufren carencias y miserias que globalmente se van agravando, porque son las principales víctimas del pecado social y estructural que clama al cielo<sup>13</sup>. Las víctimas de “*las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, ... el abandono de niños y niñas, ancianos y ancianas, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medio ambiente...*”. Injusticia y marginación estructurales y sistemáticas, profundizadas en la última década por “*la política de corte neoliberal que predomina hoy en América Latina*” como parte de un Nuevo Orden Económico mundial<sup>14</sup>.

En este contexto histórico y respecto de estas muchedumbres latinoamericanas y caribeñas —pobres y empobrecidas en un sentido tan concreto: económico, social y humano— nuestros pastores concluyen su Documento afirmando con fuerza: “*Hacemos nuestro el clamor de los pobres. Asumimos con renovado ardor la opción evangélica preferencial por los pobres, en continuidad con Medellín y Puebla. Esta opción, no exclusiva ni excluyente, iluminará, a imitación de Jesucristo, toda nuestra acción evangelizadora. Con tal luz invitamos a promover un nuevo orden económico, social y político, conforme a la dignidad de todas y cada una de las personas, impulsando la justicia y la solidaridad, y abriendo para todas ellas horizontes de eternidad*”<sup>15</sup>.

Para Santo Domingo, como para la experiencia cristiana y la teológica de América

<sup>13</sup> Santo Domingo (en adelante, SD), n. 9.

<sup>14</sup> Ver: SD, nn. 161, 167, 174b, 179c, 183, 194-199.

<sup>15</sup> SD, n. 296.

Latina, la centralidad de los pobres y la centralidad de Jesucristo no son alternativas ni concurrentes. Ni el Jesús del Evangelio, el Mesías Servidor, disputa el lugar central de los pobres en el reino de Dios; ni los pobres de América Latina —en su mayoría devotos de Cristo sufriente y, cada vez más, creyentes del Señor resucitado— cuestionan el lugar central de Jesucristo en su propia vida y esperanza. Santo Domingo, siguiendo a Puebla, radicaliza esta visión cristológica, apuntando al ministerio de la entrañable **compasión de Dios** con el ser humano y el pueblo que sufren, que son víctimas de la injusticia y la violencia, puntuales o institucionalizadas; apuntando al misterio de la “pasión” comprometida de un Dios vivo, que no es indiferente al sufrimiento humano ni neutral frente a la injusticia<sup>16</sup>. Podemos decir que Dios tiene, para los pobres, marginados y marginadas, corazón de padre (en latín “misericordia”); pero más latinoamericano, y más bíblico, es decir que tiene para ellos y ellas entrañas de madre (en hebreo “rajúm”). En términos del Antiguo Testamento, es el Dios que escucha el clamor de su pueblo oprimido. En términos del Evangelio, es el Dios que viene a reinar en favor de los pobres y despreciados, el Dios del Magnificat de María y de las bienaventuranzas de Jesús, el Padre misericordioso, el Dios de la vida que resucita de entre los muertos al Crucificado<sup>17</sup>. En esta profundidad cristológica y teológica, fundamenta San-

to Domingo su renovada “*opción evangélica y preferencial por los pobres, firme e irrevocable... tan solemnemente afirmada en las Conferencias de Medellín y Puebla*”<sup>18</sup>. Una opción que invitan a asumir, con el apremio del amor de Cristo, a toda la Iglesia católica del continente, en términos especialmente interpelantes para los sectores no-pobres, empezando por los “agentes” de la misma Iglesia<sup>19</sup>.

## VII. Pobres en comunidades solidarias y proféticas

Por otro lado, Santo Domingo reconoce más claramente el **potencial renovador de los pobres** para la misma Iglesia. Desde luego, en el propio mundo de los pobres, por el reencuentro de los agentes de la Iglesia con la cultura y religiosidad popular y el surgimiento de las comunidades de base, se está dando “*una nueva manera de ser Iglesia*” donde los mismos pobres se van haciendo protagonistas. Pero también, porque esa verdadera “irrupción” de los pobres en la Iglesia —cuando es acogida por los pastores con espíritu evangélico— va cambiando la práctica, el discurso y el testimonio evangelizador de la Iglesia (particular) entera, y la sigue llamando a una conversión más profunda y siempre renovada.

Véase, como muestra, este texto: “*Bajo la luz de esta opción preferencial (por los*

<sup>16</sup> Ver: PUEBLA, nn. 1128-1130, 1141-1144.

<sup>17</sup> Ver: SD, Mensaje, 7; y nn. 4, 27, 159-161, 178, 296.

<sup>18</sup> SD, n. 178b.

<sup>19</sup> SD, 178, 180, 296. Respecto de los “agentes consagrados”: 67b, 74-75, 85c, 90, 92e, 145a, 296a.

pobres), a ejemplo de Jesús, nos inspiramos para toda acción evangelizadora, comunitaria y personal. Con el ‘potencial evangelizador de los pobres’ (del que habló Puebla), la Iglesia pobre quiere impulsar la evangelización de nuestras comunidades. Descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor, es algo que desafía a todos los cristianos y cristianas a una profunda conversión, personal y eclesial”<sup>20</sup>. Resuena en tantos textos como éste la intuición profética de Juan XXIII, retomada por Juan Pablo II, sobre la Iglesia que es (por su origen y vocación) y quiere ser (por conversión real, en el mundo injusto de hoy) “la Iglesia de los pobres”. Resuena el llamado de Medellín, en el contexto latinoamericano, a la “pobreza de la Iglesia”. Y resuenan, evocados por una cita expresa, el testimonio de Puebla sobre “el potencial evangelizador de los pobres”, y las exhortaciones de esa misma Conferencia a dejarnos todos y todas convertir y transformar por ese Evangelio de los pobres, en lo personal y eclesial: estilos de vida y de comunidad, relaciones y mentalidad, prácticas pastorales y estructuras eclesiales<sup>21</sup>.

En la perspectiva de los pobres, marginados y marginadas, aquí convergen con especial urgencia dos temas eclesiales y eclesiológicos que —aunque amenazados por la “resaca” neoconservadora— tienen ya suficiente firmeza en la renovación postconciliar de la Iglesia católica, y más concretamente en nuestra América

morena: las comunidades de base y el protagonismo laical. En esa perspectiva de los pobres, y en la tradición de Medellín y Puebla, cobran todo su contenido esperanzador los llamados de Santo Domingo para una Iglesia cercana a la vida, comunitaria y participativa, y para un efectivo protagonismo de los laicos.

Aquí podemos leer estos textos: “Conscientes de que el momento histórico que vivimos nos exige ‘delinear el rostro de una Iglesia viva y dinámica, que crece en la fe,... se compromete y espera en su Señor’ (Juan Pablo II),... buscamos dar impulso evangelizador a nuestra Iglesia, a partir de una vivencia de comunión y participación que ya se experimenta en diversas formas de comunidades existentes en nuestro continente”<sup>22</sup>. “La parroquia, comunidad de comunidades y movimientos, acoge las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión... como una fraternidad animada por el Espíritu... La parroquia, comunión orgánica y misionera, es así una red de comunidades...”<sup>23</sup>. “Las comunidades eclesiales de base... son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y evangelización, un punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la civilización del amor”<sup>24</sup>. “Hoy, como signo de los tiempos, vemos un gran número de laicos comprometidos en la Iglesia: ejercen diversos ministerios, servicios y funciones en las comunidades eclesiales de base o actividades en los movimientos eclesiales. Crece siempre más la conciencia de su responsabilidad en el

<sup>20</sup> SD, 178. Ver 180c y 296a.

<sup>21</sup> PUEBLA, 1147. Ver: 448, 452; 629, 640, 642 - 643; 972 - 975; 1140 y 1156-1158.

<sup>22</sup> SD, 54.

<sup>23</sup> SD, 58-60.

<sup>24</sup> SD, 61.

*mundo y en la misión... Aumenta así el sentido evangelizador de los fieles cristianos. Los pobres evangelizan a los pobres*<sup>25</sup>.

*“Sin embargo, se comprueba que la mayor parte de los bautizados no han tomado aún conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia. Se sienten católicos, pero no Iglesia... La persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, clérigos e incluso laicos, la dedicación de muchos laicos de manera preferente a tareas intra-eclesiales y una deficiente formación, les privan de dar respuestas eficaces a los desafíos actuales de la sociedad”<sup>26</sup>. Por eso, “una línea prioritaria de nuestra pastoral... ha de ser la de una Iglesia en la que los fieles cristianos laicos sean protagonistas”. “Que la Iglesia sea cada vez más comunitaria y participativa, y con comunidades eclesiales, grupos de familias, círculos bíblicos, movimientos y asociaciones eclesiales, haciendo de la parroquia una comunidad de comunidades”<sup>27</sup>. Todo lo cual... “exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad, con estructuras y dinamismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal”<sup>28</sup>.*

Con el horizonte de esta tradición del Evangelio de Jesús que pasa por el Con-

cilio Vaticano II —y que para nosotros y nosotras en América Latina pasa también por Medellín, Puebla y Santo Domingo— tenemos que comprometernos, hacia el siglo XXI, por una Iglesia más fraternal y participativa, solidaria con los pobres y cada vez más desde los pobres, más acogedora y misericordiosa, más creativa y esperanzada. Con ese horizonte evangélico y recogiendo el anhelo de nuestros pueblos, tenemos que recuperar entre nosotros y nosotras el estilo y las estructuras de una Iglesia fraternal y comunitaria, entera carismática, ministerial y misionera, donde opiniones, iniciativas y tareas, sean acogidas, animadas y coordinadas flexiblemente por “pastores humildes y cercanos”, hermanos y hermanas, servidores y servidoras de sus comunidades<sup>29</sup>. Donde la deliberación colegial y el discernimiento comunitario sean practicados en todos los niveles, a fin de “resolver en común las cosas más importantes, contrastándolas con el parecer de muchos”<sup>30</sup>.

Sólo así podemos como Iglesia ser luz y sal del Evangelio, en este mundo globalizado de hoy: tan marcado por el individualismo, la división y la injusticia; tan herido por la imposición de quienes concentran los bienes económicos y el conocimiento, así como las decisiones de las que depende la convivencia y la supervivencia de la humanidad.

<sup>25</sup> SD, 95.

<sup>26</sup> SD, 96.

<sup>27</sup> SD, 103, 142a. Ver 98a.

<sup>28</sup> SD, 30.

<sup>29</sup> Ver SD, 74-75.

<sup>30</sup> Ver: CONCILIO VATICANO II, “Lumen Gentium”, n. 22, con referencias a los Padres de la Iglesia antigua.